

REFLEJO ESPONTÁNEO

Arkadi y Boris Strugatsky

I

Urm se aburría.

A decir verdad, el aburrimiento, reacción contra la uniformidad y la monotonía, insatisfacción de sí mismo, pérdida del interés por la vida, sólo es propio del hombre y de algunos animales. Para aburrirse hay que poseer un sistema nervioso perfectamente organizado. Hay que poder pensar o, al menos, sufrir. Urm no poseía un sistema nervioso propiamente dicho. No podía pensar y menos todavía sufrir. Sólo sabía percibir, registrar y actuar. Sin embargo, fue presa del aburrimiento.

Después de la marcha del Maestro, no había quedado a su alrededor nada que Urm pudiera retener. Y acumular recuerdos se había convertido en el objetivo de su existencia. Estaba poseído por una curiosidad nunca satisfecha, por una sed insaciable de percibir y registrar lo máximo posible. Todos los hechos y fenómenos desconocidos eran buenos para él, a condición de que su situación en el tiempo y en el espacio constituyera una fuente de sensaciones para uno, al menos, de sus quince sentidos. Cuando no había hechos ni fenómenos desconocidos, era preciso buscarlos.

Pero todo lo que había a su alrededor en aquel momento era conocido y archiconocido, hasta el menor detalle, hasta el menor matiz. Se acordaba desde el primer momento de su existencia de aquella amplia estancia cuadrada de paredes grises y rugosas, del techo bajo y de la puerta de hierro. En ella remaba siempre el mismo olor a metal recalentado y a aceite aislante. De lo alto llegaba un zumbido sordo y casi inaudible que los hombres sólo podían percibir con la ayuda de unos aparatos, pero que él, Urm, oía perfectamente. Las lámparas fluorescentes del techo estaban apagadas, pero Urm veía perfectamente la estancia a la luz infrarroja y gracias a los impulsos de sus radares.

Urm se aburría, pues, y decidió salir en busca de nuevas impresiones. Hacía media hora que el Maestro se había marchado. Y Urm sabía por experiencia que no regresaría inmediatamente. Esta última circunstancia no dejaba de tener su importancia. Un día, Urm había dado por su cuenta un pequeño paseo alrededor de la estancia, y cuando el Maestro le sorprendió en aquella ocupación, obró de tal modo que, devorado por la curiosidad, Urm no fue capaz de moverse ni de agitar siquiera la antena de su radar.

Urm se tambaleó y avanzó pesadamente. El suelo de hormigón resonó bajo sus gruesas suelas de caucho. Urm se detuvo un momento a escuchar e incluso se inclinó. Pero en la gama de sonidos devuelta por las vibraciones del cemento no había ninguno desconocido y Urm reemprendió su marcha hacia la pared opuesta. Se acercó hasta tocarla y olfateó. La pared olía a hormigón húmedo y a hierro oxidado. Nada nuevo. A continuación, Urm dio media vuelta, rayando la pared con su codo de acero, cruzó la estancia en diagonal y se paró delante de la puerta. Abrirla no resultaba fácil. Urm examinó la cerradura unos instantes, comparando lo que veía con lo que ya sabía. Finalmente, alargó la pinza denticular de su mano izquierda, cogió hábilmente el pestillo y lo hizo girar. La puerta se abrió con un prolongado chirrido. Esto ya era interesante. Y Urm pasó varios minutos abriendo y cerrando la puerta, ora rápidamente, ora con lentitud, escuchando y registrando. Luego franqueó el umbral y se encontró delante de una escalera, angosta y bastante alta, con los peldaños de piedra. Urm contó inmediatamente dieciocho peldaños hasta el primer rellano, que estaba iluminado. Sabía lo que eran los peldaños y empezó a subir, sin apresurarse.

Desde el rellano, otra escalera de madera de diez peldaños conducía más arriba. A la derecha, se abría un largo pasillo. Tras unos instantes de vacilación, Urm giró a la

derecha. No sabía por qué. El pasillo no era más atractivo que la escalera. Aunque esta última era mucho más angosta.

El pasillo, caluroso, estaba vivamente iluminado por los rayos infrarrojos procedentes de unos cilindros de laminillas suspendidos a poca distancia del suelo. Urm no había visto nunca radiadores de calefacción central. De modo que los cilindros atrajeron su atención. Se inclinó y cogió uno de ellos con sus dos pinzas. Resonó un seco chasquido, seguido de un ruido de metal roto y una espesa nube de vapor caliente, brillante como un fragmento de sol, brotó en dirección al techo. Un chorro de agua roció las piernas de Urm. Sin preocuparse por ello, levantó el cilindro a la altura de su cabeza, lo examinó y luego, desprendiendo del caparazón que cubría su pecho las varillas flexibles de los micromanipuladores estudió atentamente la rotura del cilindro. Luego, los micromanipuladores volvieron a ocupar su lugar, el cilindro cayó al suelo y Urm se alejó, chapoteando en el agua. Cuando llegó al extremo del pasillo, unas letras en rojo se encendieron encima de una puerta: « ¡Atención! ¡No entrar sin el traje protector!», leyó Urm. Conocía el significado de la palabra «Atención», pero sabía también que siempre iba dirigida a los hombres. Por lo tanto, no podía afectarle. Urm alargó el brazo y empujó la puerta.

Allí, efectivamente, no faltaban las cosas nuevas e interesantes. La sala, muy amplia, estaba llena de objetos de metal, de piedra y de plástico. Una construcción cilíndrica de hormigón, cuya parte superior estaba cubierta con una plancha de hierro o de plomo, se alzaba en medio de la sala. De ella partían innumerables cables hacia las paredes, donde había unas grandes chapas de mármol cubiertas de manecillas y de brillantes discos. La construcción de hormigón estaba rodeada por una verja de cobre. Unas resplandecientes varillas, terminadas en unas pinzas semejantes a las manos de Urm, colgaban del techo.

Avanzando silenciosamente sobre el embaldosado suelo, Urm se acercó a la verja y dio la vuelta a su alrededor. Luego se paró un instante y dio una segunda vuelta. No había ningún paso. Entonces, Urm adelantó la pierna y pasó sin dificultad a través de la verja, que quedó destrozada. Se paró junto a la construcción de hormigón. Su cabeza, redonda como un globo, giró prudentemente a derecha e izquierda. Los caparazones de ebonita de sus receptores acústicos se agitaban en todos los sentidos, las antenas de sus radares temblaban. La tapadera de plomo emitía rayos infrarrojos, discernibles incluso en aquella sala recalentada. Pero emitía también una radiación desconocida. Urm veía perfectamente gracias a sus aparatos de rayos X y gamma, y le pareció que la tapadera era transparente y que debajo de ella se abría un pozo estrecho y sin fondo, lleno de un polvo luminoso. Desde las profundidades de su memoria Urm recibió una orden: «Abandone este lugar inmediatamente». Urm ignoraba cuándo le habían dado esa orden, y quién. Sin duda la conocía desde que vino al mundo, del mismo modo que conocía muchas otras cosas que nunca había visto ni probado. Sin embargo, no obedeció. La curiosidad pudo más. Se inclinó sobre la construcción de hormigón, tendió sus pinzas y, con un gran esfuerzo, levantó la tapadera.

Un chorro de rayos gamma le cegó. Dos lucecitas rojas se encendieron en las chapas de mármol, y una sirena aulló. A través de las siluetas transparentes de sus manos, Urm percibió el interior del pozo de hormigón. Luego dejó caer la tapadera y gritó con una voz de bajo enronquecida: « ¡Peligro! ¡Danger! ¡Gefahr! ¡Abunai!» El eco rodó por la sala y enmudeció. Urm dio media vuelta sobre sí mismo y se dirigió apresuradamente hacia la salida. La impresión, provocada por el chorro de partículas radioactivas registradas por sus aparatos de control, le incitó a salir de allí. Desde luego, ni la peor radiación ni los potentes chorros de partículas podían causarle el menor daño; incluso podía permanecer tranquilamente en la zona activa del reactor. Pero, al crearlo, sus amos le habían inculcado la tendencia a mantenerse lo más lejos posible de las fuentes de radiación intensa.

Urm salió al pasillo, cerró cuidadosamente la puerta detrás de él y, pasando a horcajadas por encima del radiador que había arrancado, volvió a encontrarse en el rellano. Allí vio a una persona que bajaba rápidamente por la escalera de madera.

La persona en cuestión era de estatura mucho menor que la del Maestro. Llevaba unas vestiduras claras y amplias y sus cabellos eran muy largos y tenían el color del oro. Urm no había visto nunca nada semejante. Aspiró un poco de aire y captó el conocido olor a lilas blancas. El mismo olor, aunque más débil, emanaba a veces del Maestro.

En el pasillo reinaba una semioscuridad, en tanto que la escalera, detrás de la joven, estaba vivamente iluminada, de modo que ella no percibió inmediatamente su enorme silueta. Sin embargo, al oír unos pasos, la joven se detuvo e inquirió:

—¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Ivachev?

—Buenos días, ¿cómo está usted? —dijo Urm con voz enronquecida.

La joven profirió un grito. Surgiendo de la oscuridad, una sombra gigantesca avanzó hacia ella, rematada por una cabeza redonda y brillante, provista de ojos de cristal, con unos hombros acorazados de una anchura increíble y unos gruesos brazos articulados. Urm apoyó el pie sobre el primer peldaño de madera y la joven volvió a gritar.

Nunca le había ocurrido que un hombre no respondiera a su saludo. Pero aquel sonido extraño, penetrante y, sin duda alguna, inarticulado, no correspondía a ninguna de las respuestas estándar que Urm conocía. Interesado, avanzó decididamente hacia la joven, que retrocedía. Los peldaños de madera crujían bajo sus pasos.

—¡Atrás! —gritó la joven.

Urm se inmovilizó e inclinó la cabeza, escuchando.

—¡Atrás, monstruo!

Urm conocía la orden «Atrás». Al oírla tenía que dar media vuelta y avanzar unos pasos en sentido contrario hasta recibir la orden de «Alto». Pero, por regla general, las órdenes eran dadas por el Maestro, y además Urm experimentaba el deseo de continuar sus pesquisas. De modo que siguió subiendo hasta llegar a la entrada de una pequeña habitación, muy clara.

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás! —gritaba la joven.

Pero Urm, aunque avanzando menos rápidamente de lo que podía, no se detuvo. La habitación, con sus dos escritorios, sus sillas, su tablero de dibujo y sus armarios llenos de libros y de voluminosas carpetas, le interesaba. Mientras abría los cajones, desataba las carpetas y leía en voz alta las inscripciones que figuraban debajo de los dibujos, la joven se escapó a la habitación contigua, se acurrucó detrás de un diván y cogió el teléfono. Urm la veía, ya que llevaba un receptor óptico en la parte posterior de la cabeza, pero aquel pequeño ser de cabellos largos ya no le interesaba. Pisoteando los papeles esparcidos por el suelo, continuó su excursión. Detrás de él, la joven gritaba al teléfono:

—¡Nikolai Petrovich! ¡Nikolai Petrovich! ¡Soy yo, Galia! Nikolai Petrovich, Urm ha irrumpido en nuestra oficina. ¡Su Urm! ¡Urm! Ursula-Roberto-María... ¿Lo habéis comprendido?... No lo sé... Le he encontrado cuando salía de la sala del gran reactor... Sí, sí, ha entrado en la sala del reactor... ¿Qué? ¡Evidentemente, no!

Urm no se paró a escucharla. Salió al salón y se inmovilizó, como herido por el rayo. Las antenas negras de sus radares se agitaron en todas direcciones. Estaba estupefacto. Algo brillante y frío colgaba de la pared, en frente de él. A los rayos infrarrojos, tenía el aspecto de un cuadrado gris impenetrable, y a los rayos normales brillaba con reflejos plateados. Pero lo que había dejado estupefacto a Urm era el monstruo negro que había visto en aquel extraño cuadrado, con una cabeza redonda rematada por unas antenas que se agitaban. No acertaba a comprender dónde se encontraba aquel ser desconocido. Su telémetro visual le había revelado que le separaban doce metros y ocho centímetros del objeto en cuestión, pero su radar había desmentido inmediatamente aquella información. «No hay nada, salvo una superficie vertical lisa que se encuentra a... seis metros y cuatro centímetros...» Urm no había visto nunca nada semejante, y su radar y

sus receptores visuales no le habían proporcionado nunca, tampoco, unos informes tan contradictorios. Desde el primer momento, su organismo había sido concebido de tal modo que para él era una necesidad hacer claro y comprensible todo lo que encontraba. De modo que avanzó decididamente, mientras registraba lo que acababa de comprobar: «La distancia señalada por el telémetro es igual a la señalada por el radar multiplicada por dos». Chocó contra el cristal que se rompió en mil fragmentos y se detuvo: detrás del cristal no había más que pared. Urm olfateó aquella pared, dio media vuelta y, sin prestar atención al guardián pálido como la muerte que estaba colgado de la señal de alarma, se dirigió hacia la salida. Fuera, nevaba y soplaba un viento de tormenta. Unas tinieblas blancas envolvieron a Urm.

II

Cuando Nikolai Petrovich soltó el receptor, Piskunov estaba ya en la entrada poniéndose el abrigo.

—¿A dónde vas?

—Allá abajo, desde luego...

—Espera. Antes hay que decidir lo que vamos a hacer. Si ese robot empieza a revolverlo todo en la central...

—La central sería lo de menos —dijo Rabkin—. Lo peor serían los laboratorios. Y los depósitos. ¿Y si viene aquí, a la ciudad?

Nikolai Petrovich reflexionaba intensamente. Piskunov, impaciente, saltaba de uno a otro pie, con la mano en el pomo de la puerta.

—Tenemos que ir todos juntos —propuso tímidamente Kostenko—. Localizarlo... y cogerlo.

Piskunov hizo una mueca y Rabkin, por su parte, gruñó:

—¡Cogerlo! ¿Por dónde? ¿Por el fondillo de los pantalones? Media tonelada de peso, trescientos kilos de fuerza viva en el extremo de cada uno de sus puños... Será mejor que te calles, Kostenko. Eres nuevo aquí y no sabes nada...

—¡Ya está! —exclamó Nikolai Petrovich súbitamente—. Utilizaremos los bulldozeros. Rabkin, corre al garaje y localiza a tres conductores, como mínimo. Hoy es sábado, probablemente estarán en el club... ¿De acuerdo, Piskunov?

—Sí, pero hay que darse prisa.

—Tú, Piskunov, irás al Instituto. Trata de averiguar dónde está Urm y telefona al garaje. Kostenko, acompáñale. Y más aprisa, más aprisa, camaradas. ¡El demonio! Con tal de que no franquee las puertas...

Poniéndose los abrigos, salieron juntos. Rabkin patinó y chocó de cabeza contra la espalda de Kostenko, el cual cayó a cuatro patas.

—¡Cuidado con lo que haces!

—¿Qué pasa? ¿Has perdido las gafas?

El viento arrastraba furiosamente ráfagas de nieve polvorienta, silbaba en los cables y aullaba en el encaje de acero de los postes de alta tensión. Las ventanas de la casita proyectaban rectángulos de luz amarillenta sobre los montones de nieve. Todo lo demás estaba sumido en tinieblas.

—¡Voy para allá! —dijo Rabkin—. ¡Cuidado, amigos! No os arriesguéis inútilmente.

Resbaló de nuevo, cayó y durante un minuto se agitó en la nieve, maldiciendo a la tormenta, al cerdo de Urm y, en términos generales, a todos los que participaban de algún modo en el acontecimiento. Luego, su abrigo de color claro apareció en la puerta del jardín y se perdió entre la nieve.

Piskunov y Kostenko echaron a andar por la calzada. Kostenko dijo:

—No lo entiendo. ¿Por qué hay que utilizar los bulldozeros?

—¿Se te ocurre algo mejor? —inquirió Piskunov.

—No se trata de eso... Sencillamente, no lo entiendo. ¿Queréis destruir a Urm?

Piskunov suspiró.

—Queremos detenerle —dijo.

Levantó los faldones de su abrigo y saltó por encima de un montón de nieve. Confundido, Kostenko le siguió. Delante de ellos se extendía un campo nevado. Más allá, una carretera. Al otro lado de la carretera se hallaba la central eléctrica.

Para ganar tiempo, Piskunov se adentró en un descampado donde el otoño anterior habían sido construidos los cimientos de un nuevo edificio. Kostenko le oyó gruñir mientras tropezaba con los montones de ladrillos helados y los hierros de la armazón. Andar resultaba cada vez más difícil. A través de los torbellinos de nieve, se distinguían débilmente las luces del Instituto.

—Espera —dijo Kostenko—. Esto no hay quien lo aguante. Vamos a descansar un poco.

Piskunov se agachó a su lado. ¿Qué había pasado? El conocía a Urm mejor que nadie en el Instituto. Cada tornillo, cada electrodo, cada cristal de aquel espléndido mecanismo había pasado por sus manos. Creía poder predecir cada uno de los movimientos de Urm en cualquier circunstancia. Pero he aquí que había abandonado su cueva «sin permiso», y ahora se paseaba a través de la central. ¿Por qué?

La conducta de Urm estaba regulada por su cerebro, un aparato sumamente complejo y sutil, construido a base de germanio, platino y ferrita. Las computadoras normales disponen de varias decenas de millares de células, esos órganos elementales que reciben, conservan y dan las señales.

El cerebro de Urm disponía de casi 18 millones de células lógicas, cuyos programas preveían las reacciones a una multitud de situaciones, a las diversas variaciones de las circunstancias, así como la ejecución de un gran número de operaciones distintas. ¿Qué había podido influir en el cerebro de Urm, en el programa? ¿La radiación del motor atómico? No, el motor estaba rodeado de una potente pantalla protectora de circonio, de galidonio y de acero tratado con boro. Prácticamente, ni un solo neutrón, ni un solo rayo gamma podía franquear aquella pantalla. ¿Los receptores, acaso? No, esta misma noche se hallaban en perfecto estado. Por lo tanto, el motivo de aquella conducta de Urm había que buscarlo en el propio «cerebro». En el programa, un programa nuevo y complicado cuya implantación dirigió el propio Piskunov... El programa... Desde luego.

Piskunov se incorporó lentamente.

—¡Es un reflejo espontáneo! —dijo—. ¡Evidentemente, es un reflejo espontáneo! ¡Soy un idiota!

Kostenko le miró, desconcertado.

—¿Qué? No entiendo nada...

—Yo, sí. Salta a la vista. Pero ¿quién podía imaginarlo? Todo marchaba tan bien...

—¡Mira! —exclamó súbitamente Kostenko.

Un relámpago azulado iluminó el cielo gris encima del Instituto, y sobre el fondo de aquella aurora, las siluetas negras de los edificios se recortaron a la vez claras y casi irreales en la tormenta. La línea luminosa que marcaba el límite del Instituto tembló y se apagó.

—¡El transformador! —murmuró Piskunov—. La subestación se encuentra delante mismo de la torre del reactor. Urm está allí. Y los guardianes...

—¡Corramos! —dijo Kostenko.

Echaron a correr. El viento les derribaba, se hundían en unos hoyos de nieve. Caían, se levantaban y volvían a caer.

—¡Más aprisa, más aprisa! —decía Piskunov.

Unas lágrimas arrancadas por el viento y por la emoción se deslizaban por sus mejillas, se helaban en sus pestañas dificultándole la visión. C cogió a Kostenko de la mano y le arrastró detrás de él, sin dejar de murmurar:

—¡Más aprisa, más aprisa!

En la ciudad, habían observado el relámpago encima del Instituto. Una sirena aulló, las ventanas de las viviendas de los guardianes se iluminaron. El haz cegador de un reflector barrió el campo abierto, arrancando de las tinieblas las dunas de nieve, los postes de la línea de alta tensión. Se deslizó sobre el muro de piedra que rodeaba el Instituto y se detuvo finalmente ante las puertas, cerca de las cuales se movían unas pequeñas siluetas negras.

—¿Quién está allí? —preguntó Kostenko.

—Los guardianes. La milicia, sin duda... —Piskunov se interrumpió y se frotó los ojos—. ¡Las puertas! Las han cerrado. Estupendo. Eso significa que Urm se encuentra allí todavía.

Era evidente que se había dado la voz de alarma. Ahora no eran uno sino tres los reflectores que registraban el espacio, a lo largo de las paredes del Instituto. Unos torbellinos de nieve danzaban en su claridad azul. A través de los aullidos del viento se oyeron unos gritos. Alguien blasfemó. Luego, unos motores empezaron a roncar y se oyó un ruido de cadenas: los enormes bulldozers salían del garaje.

—Mira, Kostenko —dijo Piskunov—. Mira bien. Estamos asistiendo a la cacería más extraordinaria de toda la historia humana. ¡Mira bien, Kostenko!

Kostenko le dirigió una mirada de reojo.

Le pareció que unas lágrimas se deslizaban por el rostro del ingeniero. Tal vez a causa del viento.

Entretanto, el ruido de cadenas se había desplazado hacia la derecha. Los bulldozers avanzaban por la calzada. Se distinguían ahora las luces de sus faros.

—Cinco contra uno —murmuró Piskunov—. No tiene ninguna posibilidad.

Bruscamente, se produjo un cambio de decorado. El propio Kostenko no supo lo que había cambiado, en el primer momento. La tormenta continuaba aullando, los torbellinos de nieve seguían barriendo el suelo, los motores de los bulldozers roncaban aún, inexorables y amenazadores. Pero los rayos de los reflectores no registraban ya el terreno. Se habían inmovilizado sobre las puertas, abiertas ahora de par en par y cerca de las cuales ya no había nadie.

—¿Qué diablos pasa? —dijo Kostenko.

—Habrá...

Piskunov no terminó la frase. En un mismo impulso los dos corrieron hacia el Instituto. Se encontraban a unos cincuenta metros de las puertas, cuando Piskunov casi chocó con un hombre que corría en sentido contrario, con un fusil en la mano. Asustado, el hombre aulló y dio un salto de costado, pero Piskunov le agarró por el hombro y le paró.

—¿Qué ha pasado?

El hombre, enloquecido, trató de desasirse, pero no tardó en recobrar su sangre fría y masculló una maldición.

—Se ha escapado —dijo—. Ha hundido las puertas y casi ha aplastado a Makeev. Yo voy en busca de refuerzos...

—¿Hacia dónde ha ido?

El miliciano hizo un gesto vago con la mano, señalando a la izquierda.

—Por allí, me parece... Por la calzada...

—Entonces, va a encontrarse con los bulldozers... ¡Corramos!

Súbitamente, surgiendo de la borrasca, algo enorme avanzó hacia ellos. Unas luces rojas y verdes les hicieron parpadear, y una voz enronquecida inquirió, inexpresiva:

—Buenos días, ¿cómo está usted?

—¡Urm! ¡Alto! —gritó Piskunov con voz desesperada.

Kostenko vio que el miliciano corría, que Piskunov levantaba los brazos y agitaba los puños. Luego, la enorme silueta, rodeada de una nube de vapor, pasó por delante de él, levantando mucho los pies, y desapareció entre la nieve.

Después de cerrar cuidadosamente la puerta detrás de él, como hacía siempre si no estaba rota, Urm dio un paso y se detuvo. El espacio circundante estaba lleno de sonidos, de movimientos, de radiaciones. Tres haces de rayos luminosos, muy potentes, luchaban contra la oscuridad. Delante de Urm, a trece metros cincuenta centímetros, había un edificio bajo, cuyas grandes ventanas estaban protegidas por barrotes de hierro. Sus muros irradiaban una resplandeciente claridad infrarroja. Los copos de nieve revoloteaban a millares en el aire, y los que se posaban sobre Urm se fundían y se evaporaban inmediatamente, hasta tal punto el motor atómico calentaba su cuerpo.

Urm volvió la cabeza y decidió que el edificio bajo era el objeto a estudiar más próximo y más interesante. Encontró en seguida la entrada. Abrió la puerta y penetró en una pequeña habitación.

Los dos hombres sentados ante la mesa se levantaron de un salto y se le quedaron mirando, aterrorizados. Urm volvió a cerrar la puerta y se inmobilizó delante de ellos.

—¿Cómo está usted? —dijo.

—¿Camarada Piskunov? —preguntó uno de los hombres, embobado.

—El camarada Piskunov ha salido —respondió Urm en tono indiferente—. ¿Qué es lo que hay que transmitirle?

Los hombres no le interesaban. Su atención se había fijado en un pequeño ser peludo, acurrucado en un rincón.

«Está caliente, vivo, huele intensamente, no es un hombre», decidió Urm. Y, en voz alta, dijo:

—Buenos días, ¿cómo está usted?

—R-r-r —respondió el ser con el valor de la desesperación, mostrando unos dientes agudos y blancos.

Absorto en el perro, Urm se había olvidado por completo de los milicianos, los cuales habían aprovechado la ocasión para atrincherarse detrás de la mesa y del armario, y sacaban apresuradamente sus revólveres.

Con el rabo entre las patas, el perro profirió un aullido lastimero y trató de escaparse. Pero Urm era mucho más rápido que él, más rápido que cualquier animal. Con la velocidad del rayo, su cuerpo dio media vuelta, su brazo salió disparado y cogió al perro. En el mismo instante resonó un disparo: uno de los milicianos había perdido su sangre fría. Al chocar con la coraza que formaba la espalda de Urm, la bala produjo un sonido metálico, rebotó y se clavó en la pared.

—¡Sidorenko, no dispaes! —gritó el otro miliciano.

Urm soltó al perro, que temblaba con todos sus miembros, y miró a los dos hombres pálidos pero resueltos que permanecían delante de él empuñando sus armas. Olfateó con curiosidad el aire en el cual flotaba el olor desconocido de la pólvora sin humo. El perro se había refugiado entre las piernas de los milicianos, pero Urm había perdido todo interés por él. Se volvió y se dirigió hacia la otra puerta, en la cual veíanse un cráneo y dos tibias entrecruzadas. Estupefactos, los milicianos le vieron palpar el candado con sus pinzas. La puerta se abrió. Entonces, recobrando el ánimo, se precipitaron hacia él.

—¡Alto! ¡Atrás! ¡Atrás!

Se pegaron a sus flancos blindados, ciegos al peligro, transidos de horror al pensar en lo que podía hacer aquel monstruo de acero si entraba en el transformador. Pero Urm no les hacía el menor caso. Los esfuerzos de los milicianos eran inútiles, como si trataran de parar un tractor en marcha. Entonces, uno de ellos, apartando a su camarada, disparó a quemarropa todo su cargador en la cabeza de Urm. La habitación se llenó del ruido de las detonaciones.

Urm se tambaleó. La coquilla de ebonita de su receptor voló en pedazos. La antena del radar quedó arrancada y colgada de un hilo.

Urm no había sido atacado nunca. No poseía el instinto de autodefensa y, naturalmente, no tenía ninguna experiencia de lucha contra el hombre. Pero podía cotejar los hechos, extraer conclusiones lógicas y escoger una línea de conducta susceptible de garantizar al máximo su seguridad. Todas esas operaciones mentales no requirieron más que unas décimas de segundo. Inmediatamente después se volvió y avanzó hacia los hombres, con sus terribles pinzas extendidas con aire amenazador.

Los milicianos se separaron. Uno de ellos se refugió detrás del tablero de distribución y el otro saltó detrás del estuche de acero macizo del transformador más próximo, recargando apresuradamente su revólver.

—¡Sidorenko! ¡Corre al cuerpo de guardia y telefona dando la alarma! —gritó.

Pero Sidorenko no llegó a la puerta. Urm se desplazaba mucho más rápidamente que un hombre y bastó que el miliciano saliera de detrás del tablero para que le alcanzara.

Entonces, trataron de salir simultáneamente. Fue inútil: Urm corría del tablero al transformador con la velocidad del rayo.

A consecuencia de un torpe movimiento del robot, el tablero se partió por la mitad. El viento silbaba en los cristales rotos por las balas en las ventanas y en el techo.

Finalmente, aquel juego aburrió a Urm y decidió no ocuparse más de los dos hombres. Se paró bruscamente delante del transformador y hundió resueltamente la mano bajo el estuche de protección. Los milicianos aprovecharon la ocasión para huir al cuerpo de guardia. En el mismo instante resonó un chasquido ensordecedor y un relámpago azul proyectó a su alrededor su claridad cegadora. Las luces se apagaron. Un acre olor a metal quemado, a humo, a laca derretida, brotó de la habitación. Aturdidos, los milicianos no comprendieron inmediatamente lo que había pasado. Luego resonaron unos pasos lentos en la estancia donde se habían refugiado y una voz metálica pronunció en las tinieblas:

—Buenos días, ¿cómo está usted?

Cayó el cerrojo, la puerta chirrió, la silueta angulosa del monstruo de metal apareció por espacio de un segundo en el marco y la puerta volvió a cerrarse.

Urm continuó su viaje por el patio del Instituto, hundiéndose en la nieve y levantando mucho los pies. Las tinieblas eran tan intensas que su órgano visual infrarrojo no le servía prácticamente de nada. Sólo distinguía un leve resplandor en torno a su vientre y sus piernas, donde los copos de nieve venían a derretirse y evaporarse. Algunas siluetas de hombres, débilmente fosforescentes, aparecieron entre los edificios. Pero Urm no les prestó ninguna atención. Avanzaba orientando por el radar, aunque ahora no podía calcular las distancias, ya que una de las antenas había sido rota por una bala.

Urm se interesó por las luces lejanas de la ciudad que parpadeaban a través de la borrasca y que los haces azulados de los reflectores hacían aún más atractivas. Caminó hasta la pared, vaciló y giró a la izquierda. Sabía que en las paredes siempre hay puertas. No tardó en encontrarlas. Unas grandes puertas de hierro. Estaban cerradas. Detrás, oíanse unas voces inquietas. A través de una rendija se filtraba un rayo de luz de color azul brillante.

—Buenos días —dijo Urm.

Empujó las puertas que, perfectamente cerradas, no cedieron. A lo lejos oíanse unos chasquidos metálicos. Detrás de las puertas ocurrían cosas muy interesantes, sin duda. Urm empujó con más fuerza, luego retrocedió, echó la cabeza hacia atrás y se lanzó contra la puerta, golpeándola con su pecho blindado. Las voces se callaron. Después, alguien gritó en tono vacilante:

—¡Cuidado! ¡No disparéis contra ese diablo!

—Buenos días, ¿cómo está usted? —dijo Urm.

Con un nuevo impulso, volvió a golpear la puerta, que esta vez cayó, arrancada de sus goznes, menos sólidos que la cerradura. Urm pasó sobre ella como por un puente, mientras los milicianos se apartaban, y se encontró en pleno campo, donde la tempestad de nieve arreciaba.

Avanzó, conservando a duras penas el equilibrio sobre la tierra labrada y cubierta de nieve movediza. Repentinamente, el suelo cedió bajo su peso y Urm cayó en la nieve que se evaporó a su contacto. Urm no había caído nunca. Sin embargo, se arqueó inmediatamente sobre sus manos, estiró los brazos al máximo, flexionó las rodillas y se levantó.

Una vez de pie, permaneció un momento inmóvil observando lo que pasaba a su alrededor. Delante, las luces de las viviendas parpadeaban en la oscuridad. A la izquierda, muy cerca, se agitaban tres siluetas humanas. Más lejos se oía el roncar de los motores de unos vehículos que avanzaban rápidamente hacia las puertas. Al pasar junto a los hombres les saludó, y en uno de ellos reconoció al Maestro, el que podía privarle de la facultad de desplazarse. Urm lo recordaba perfectamente, de modo que apresuró el paso. El maestro quedó rezagado y desapareció entre los torbellinos.

Urm desembocó en la carretera e inmediatamente una luz cegadora le iluminó de pies a cabeza. Unos gigantescos monstruos metálicos avanzaban hacia él. Se detuvieron, resoplando con ira.

De pie a cinco pasos del primer buldózer, Urm volvió su redonda cabeza a derecha e izquierda y repitió:

—Buenos días, ¿cómo está usted?

IV

Nikolai Petrovich saltó del buldózer. El conductor, asustado, gritó:

—¿Adonde va usted, camarada ingeniero?

En aquel mismo instante apareció Piskunov en la calzada. Con los cabellos enmarañados (había perdido su gorro de piel corriendo), las manos profundamente hundidas en los bolsillos de su abrigo, dio la vuelta alrededor del buldózer y se detuvo delante de Urm. Les separaban apenas cinco pasos. Como una torre, Urm dominaba al ingeniero con su enorme estatura; sus flancos brillaban a la luz de los faros y su vientre rodeado de una nube de vapor exudaba humedad. Con su cabeza redonda y sus pequeños ojos de cristal, las coquillas de sus receptores acústicos como orejas despegadas, la antena de su radar irguiéndose como un cuerno, recordaba aquellas máscaras extrañas y cómicas que los muchachos confeccionan con calabazas en los pueblos para asustar a las niñas. Su cabeza oscilaba rítmicamente y sus ojos seguían cada uno de los movimientos de Piskunov.

—¡Urm! —dijo el ingeniero en tono firme. La cabeza se inmovilizó, los brazos articulados cayeron a lo largo del cuerpo. Urm respondió:

—Estoy preparado.

Alguien estalló en una risa nerviosa.

Piskunov avanzó unos pasos y colocó su mano enguantada sobre el pecho de Urm. Sus dedos se deslizaron rápidamente por la coraza, buscando el punto esencial, el interruptor del circuito que conectaba el cerebro del robot al sistema de fuerza y de movimiento. Entonces, ocurrió algo inesperado para todos, excepto para Piskunov, que lo había estado temiendo. Evidentemente, la memoria de Urm había conservado unas asociaciones que identificaban aquel gesto del Maestro con una repentina incapacidad de moverse. Apenas los dedos de Piskunov rozaron la llave, el robot giró en redondo. Su brazo de acero pasó por encima de la cabeza de Piskunov, que lo esquivó por muy poco.

Sin apresurarse, Urm echó a andar. Nikolai Petrovich fue el primero en recobrar su presencia de ánimo.

—¡Eh, muchachos! —gritó—. ¡Rodeadle a derecha e izquierda con vuestros buldózeres! Cortadle el acceso a las puertas... ¡Piskunov! ¡Eh, Piskunov!

Pero Piskunov no le escuchaba. Mientras los buldózeres empezaban a rodar rápidamente por los lados de la calzada levantando nubes de nieve, corrió detrás de Urm.

—¡Alto, Urm! —gritó con voz aguda—. ¡Párate, animal! ¡Atrás! ¡Atrás!

Se ahogaba. Urm andaba cada vez más de prisa y la distancia entre ellos era cada vez mayor. Finalmente, Piskunov se detuvo, introdujo las manos en los bolsillos de su abrigo y, con la cabeza hundida entre los hombros, contempló cómo se alejaba Urm.

Nikolai Petrovich y Rabkin se reunieron con él. Kostenko llegó el último.

—¡No valía la pena correr! —dijo Nikolai Petrovich, enojado.

Piskunov se encogió de hombros.

—Ya no obedece —murmuró—. ¿Comprendes, Nikolai? Ya no obedece. Un reflejo espontáneo... Está claro como el agua.

Nikolai Petrovich asintió con la cabeza.

—Yo también lo he pensado —dijo.

—¡Qué desastre! —exclamó Rabkin—. Es como si se permitiera a los trenes que escogieran por sí mismos su horario y su recorrido.

—¿Qué es un reflejo espontáneo? —preguntó tímidamente Kostenko.

Nadie le contestó.

—A pesar de todo, es magnífico —declaró Nikolai Petrovich—. ¡Ya no obedece! Por lo tanto...

—¡Vamos! —le interrumpió bruscamente Piskunov.

Entretanto, los buldózeres se habían desplegado en semicírculo y se acercaban a Urm, el cual seguía andando tranquilamente. Uno de los buldózeres desembocó en la calzada delante de él, un segundo le siguió, y los otros tres se acercaron por los flancos, dos por la izquierda y uno por la derecha. Urm había observado desde hacía largo rato que trataban de rodearle, pero sin prestarles atención continuó avanzando hasta el momento en que chocó con uno de ellos de frente. Empujó, el buldózer se movió un poco y el conductor empuñó sus palancas de mando. Urm retrocedió y, tomando impulso, se lanzó contra la máquina. Se produjo un entrechocar de hierros y brotaron chispas. En aquel preciso instante, el segundo buldózer acudió en ayuda de su compañero y apoyó su broquelen la espalda de Urm, inmovilizándole. Únicamente su cabeza giraba sobre sí misma como un globo. Semejantes a serpientes negras, sus micro-manipuladores surgieron de la coraza que cubría su pecho, palparon la parte superior del broquel y desaparecieron de nuevo. Otros dos buldózeres bloquearon la salida a derecha e izquierda. Urm había caído prisionero.

—¡Camaradas ingenieros! ¡Camarada Piskunov! ¿Qué hay que hacer ahora? —gritó el conductor del primer buldózer.

—El camarada Piskunov ha salido. ¿Qué hay que transmitirle? —dijo Urm.

Levantó su puño y lo dejó caer sobre el metal. Una y otra vez. Golpeaba a intervalos regulares, como un boxeador en el entrenamiento, inclinándose ligeramente con cada uno de los golpes. Bajo sus enormes puños brotaron haces de chispas. Piskunov, Petrovich, Rabkin y Kostenko echaron a correr.

—Hay que hacer algo en seguida —dijo Rabkin, preocupado—. Va a hacerse pedazos.

Sin pronunciar una sola palabra, Piskunov se encaramó al buldózer, pero Rabkin le cogió por el faldón de su abrigo y le obligó a retroceder.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Piskunov, irritado.

—Eres el único que conoces a Urm en sus menores detalles —respondió Rabkin—. Si te aplasta... esta historia puede durar meses enteros. Es preciso que suba otro.

—Tiene razón —le apoyó Nikolai Petrovich—. Subiré yo.

Intervino uno de los obreros que rodeaban a los ingenieros.

—¡Escojan a uno de nosotros! Nosotros somos más jóvenes, más ágiles.

—Iré yo —dijo Kostenko, con aire sombrío.

Nikolai Petrovich le dirigió una mirada irónica.

—¿Quién de vosotros sabe lo que hay que hacer?

Todos se callaron.

—¿Os dais cuenta? El único que lo sabe soy yo. Si me sucede... algo... avisaréis a los ayudantes. ¡No dejéis acercarse a Piskunov!

Se quitó el abrigo y se encaramó al bulldózer. Rabkin sujetaba a Piskunov, que trató de desasirse.

—¡Suéltame, Rabkin! ¡Es una estupidez! ¡Suéltame!

Rabkin no contestó. Kostenko pasó al otro lado y apoyó fuertemente la mano en el hombro de Piskunov, el cual se tranquilizó y, mordiéndose los labios, se puso a observar a Nikolai Petrovich.

Urm continuaba agitándose. La parte inferior de su cuerpo estaba sólidamente sujeta por los bulldózeres, pero su parte superior estaba libre. Rápido como el rayo se volvía a uno y otro lado, golpeando con sus puños de hierro los broqueles de los bulldózeres. «Trescientos kilogramos de fuerza viva al extremo de cada puño», recordó Kostenko.

Con los dientes apretados, agachado entre los bulldózeres a los pies de Urm, Nikolai Petrovich acechaba el momento propicio. Los golpes asestados al metal resonaban dolorosamente en sus oídos. Sabía que Urm le había visto. De cuando en cuando, sus ojos de cristal se volvían hacia él: Urm estaba sobre aviso.

—Calma, calma —murmuró Nikolai Petrovich—. Urm, amigo mío, calma... ¡No pegues tan fuerte, imbécil!

Súbitamente, un nuevo sonido resonó por encima de los golpes: algo había cedido. ¿El brazo de Urm, o el broquel del bulldózer? No era posible esperar más. Nikolai Petrovich se zambulló bajo el brazo de Urm y se apretó contra su flanco. Y, de nuevo, Urm asombró a todo el mundo: sus brazos se inmovilizaron. El estrépito cesó. Volvió a oírse el rugido de la tormenta y el roncar de los motores. Pálido y cubierto de sudor, Nikolai Petrovich se irguió y alargó el brazo hacia el pecho de Urm. Se oyó un seco chasquido. Las luces rojas y verdes que brillaban en los hombros de Urm se apagaron.

—¡Ya está! —suspiró Piskunov, y cerró los ojos.

Inmediatamente, todo el mundo empezó a hablar en voz alta, a reír y a bromear. Los conductores ayudaron a Nikolai Petrovich a bajar del bulldózer. Piskunov le abrazó y le besó.

—Ahora —dijo Nikolai Petrovich—, vamos al Instituto. Hay que trabajar. Una semana, un mes... Pero es preciso eliminar las extravagancias de Urm y convertirle realmente en una máquina-robot universal.

V

—¿Qué es lo que ha pasado con Urm? —preguntó Kostenko—. ¿Y qué es un reflejo espontáneo?

Muerto de fatiga, después de aquella noche tan agitada, Nikolai Petrovich respondió:

—Verás, Urm ha sido construido por encargo del Departamento de comunicaciones interplanetarias. Lo que le distingue de los otros robots es que ha sido concebido para trabajar en unas condiciones que ni siquiera el programador más genial puede prever. Por ejemplo, en Venus. ¿Quién puede saber cuáles serán las condiciones? Tal vez está enteramente cubierto por el mar, o por los desiertos, o por la selva, o por lavas ardientes. No es posible enviar hombres allí. Sería demasiado arriesgado. De manera que se enviarán Urms, docenas de Urms. Pero, ¿qué programa se les debe imponer? Lo malo del asunto es que el nivel actual de la cibernética no permite enseñarles a «pensar» de un modo abstracto...

—¿O sea?

—Imagina que enviamos un robot a explorar un lugar desconocido: a averiguar cuál es la actividad del terreno, a descubrir yacimientos minerales, a estudiar la flora, la fauna, etcétera. Queremos que de la vuelta al lugar en cuestión y luego que atraviere el círculo así trazado por el centro, de norte a sur. Si sabemos que el terreno es llano como esta mesa el robot puede ser sumamente simple: un par de receptores, una brújula giroscópica, algunos relés. Decenas de millares de máquinas de ese tipo conducen actualmente los tractores y las segadoras-trilladoras en los campos soviéticos. Para ello, repito, es necesario que el terreno sea relativamente llano. Pero, si el terreno es accidentado, cortado por barrancos, ríos profundos, pantanos, etcétera, nuestro robot corre el peligro de despeñarse, de ahogarse o de hundirse en el fango. En previsión de tales eventualidades, debemos dotarle de un «cerebro» más complejo, proporcionarle un programa mucho más detallado. Por ejemplo, podemos «enseñar» al robot a buscar los vados, prohibirle que se aventure en los parajes profundos, que se acerque al borde de los barrancos. Se le puede enseñar a evitar los obstáculos, o, si es posible, a superarlos, utilizando diversos dispositivos, tales como el potente sistema de equilibrio de Urm, o sus brazos y sus piernas... Por eso le hemos dotado de brazos y de piernas, ya que las ruedas o las cremalleras no resultan convenientes en muchos casos.

—Todo eso está claro —dijo Kostenko, impaciente—. Lo que me interesa...

—Otra cosa —continuó Nikolai Petrovich, impasible—. Digamos que nuestro programa prevé el caso en que el robot se encuentre con una pared: hay que enseñarle a buscar una abertura, o una puerta.

—Comprendo —dijo Kostenko.

—Por eso, Piskunov propuso crear un robot que estableciera su programa por sí mismo. El «cerebro» de Urm está dotado de un programa que le incita fundamentalmente a llenar las células vacías de su memoria. En otras palabras, hemos inculcado a Urm la «pasión» de experimentar, de tratar de aprender cosas nuevas. Ese programa (que nosotros llamamos programa interno) ha sido aplicado sobre el programa principal y se encuentra en interacción con él. Piskunov contaba con que Urm, al encontrarse ante un factor imprevisto, no retrocedería ni pasaría de largo, sino que trataría —dentro del marco de las posibilidades ofrecidas por el programa principal— de averiguar de qué se trataba, y, a continuación, superaría el obstáculo si era superable, o utilizaría esos nuevos conocimientos en beneficio del programa principal. Es decir, que sin la ayuda del hombre Urm debía escoger la línea de conducta más ventajosa en cada caso determinado. Es el modelo de «cerebro» más perfeccionado del mundo. El resultado ha sido inesperado. A decir verdad, teóricamente creíamos que era posible, pero en la práctica...

»En resumen, la combinación del programa interno y del programa principal ha engendrado millares de nuevas posibilidades, que no habíamos previsto, de reacción a las influencias exteriores. Piskunov las ha calificado de reflejos espontáneos. Esos pequeños programas surgidos espontáneamente han ahogado, por así decirlo, al programa principal. El programa interno se ha convertido en decisorio, y Urm ha empezado a conducirse a sí mismo.

—¿Qué haremos ahora?

—Vamos a seguir otro camino. Vamos a perfeccionar las capacidades analíticas del «cerebro», el sistema de recepción...

—¿Y el reflejo espontáneo? ¿Nadie se interesa por él?

—Desde luego que sí. Piskunov tiene ya una idea... Resumiendo, los Urms serán los primeros en visitar los planetas desconocidos y las profundidades oceánicas. No será necesario arriesgar vidas humanas. En fin, ¿qué te parece si vamos a acostarnos? Vas a trabajar con nosotros y lo sabrás todo, te doy mi palabra.

FIN

Publicado en: Antología de novelas de anticipación, selección XV, Ed. Acervo, 1972.
Edición digital: Sadrac.
Revisión: nln.